

ECUADOR.

LA REGENERACION

Y

LA RESTAURACION

SEGUNDO.

PANAMA, AGOSTO 10 DE 1884.

TIP. DE M. R. DE LA TORRE É HIJOS.

LA REGENERACION

Y

LA RESTAURACION.



En mi primer folleto he relacionado los acontecimientos conexiónados con el gobierno que yo representaba, y mi compendiado relato alcanza al 30 de Mayo de 1883. Prosigo hoy mi tarea.

Urgidos por los avisos repetidos de nuestros amigos de Guayaquil, habiamos fijado el ataque para el 4 de Junio á más tardar, á fin de evitar que Veintemilla utilizara el armamento que se aseguraba recibiria de Panamá por el vapor que debia llegar en esa fecha.

El plan de operaciones, resuelto en Consejo de Guerra, consistia en prolongar nuestra línea por el Salado hasta Puertolisa. Esta parte, por elección mia, le tocaba al ejército de mi mando. Debia llevar dos cañoncitos de á 6 y una ametralladora, que me entregaron mis aliados, de la artillería que les pertenecia. De Mapasingue debian mandarme el mayor número posible de canoas ligeras, que habian de servirme en momento oportuno, para cruzar el Estero Salado. El ejército de la Restauración quedaba en las pampas de Mapasingue para consumir el ataque en el momento que fuera preciso.

La noticia de que íbamos á emprender operaciones decisivas, sanó á muchísimos enfermos que tenia mi ejército. Nuestra prolongada permanencia en Mapasingue en la estación mas insalubre del año, á la vez que la poca variedad de los alimentos, habia postrado con tercianas etc., á un número considerable de mis tropas. A los mas gravemente enfermos los habia mandado á Daule, y muchos encontraron hospitalidad en las casas del rio; aquellos cuyas dolencias revestian carácter mas benigno continuaron asistidos en sus propios cuarteles ó en el hospital que tenia en el campamento. No fué escaso el número

de los que, sin embargo de impedírsele su salud, se propusieron acompañarme; fué necesaria mi orden para obligarlos á quedarse

Con los empleados civiles formé la columna *Guayas*, cuyo mando confié al doctor Angel Modesto Borja. Esa columna llevaba la ametralladora cuyo manejo estaba á cargo del Comandante Andrés Marín.

Después del ligero descanso concedido á los voluntarios recién llegados de Manabí, inicié la ejecución del plan acordado en Consejo de Guerra.

Entro en tantos detalles para poder demostrar la moral política y militar de mis abados.

A los Comandantes Generales se les pasó la siguiente

ORDEN DE MARCHA.

El Comandante Medardo Alfaro con el batallón *Esmeraldas* marchará de descubierta haciendo alto en el punto llamado Puente Grande.

A doscientas varas de distancia marcharán el batallón *Vengadores de Valverde* y la columna *Vengadores de Piedrahita* de la 3ª División al mando de su Comandante General.

En caso de encontrar al enemigo, los jefes nombrados dispondrán dejar libre el camino para que pueda funcionar la artillería y tomando posición de combate por el lado que preste mas facilidad según el terreno, hasta tanto que el Director de la Guerra disponga lo que sea mas conveniente.

El Estado Mayor General, la artillería y la ametralladora seguirán á cien varas de la 3ª División, escoltados por la columna *Guayas* y los batallones *6 de Abril* y *Pichincha* con el Comandante General de la primera División.

Dos cuadras á retaguardia marcharán la 2ª División y el Parque, y la 4ª División cerrará la marcha. Seguidamente irán las provisiones que se lleven para el ejército.

Un escuadrón del Regimiento *Rio Chico*, bajo las órdenes del Coronel F. H. Moncayo, marchará en exploración hácia Puertolisa hasta el arroyo de Aguapiedra.

Este movimiento será apoyado por una División del ejército que se designará oportunamente.

.....
El ejército estará formado y listo para marchar á las cuatro de la mañana.

A las órdenes del señor Adolfo Castro, Intendente General del ejército, quedarán el resto de la caballería y todos los enfermos que están en el Hospital.

Cuartel General en Mapasingue, á 1º de Junio de 1883.

El Jefe de Estado Mayor General,—*Melitón Vera*.

Dejaba en Mapasingue un escuadrón de caballería para que el

Intendente del ejército, don Adolfo Castro, ayudara al General Sarasti en las disposiciones que tuviese á bien dictar para abreviar la conducción de las canoas que ofreció mandarme al Salado.

Al rayar el alba del día 2 de Junio, desfilaba con mi ejército en dirección á las posiciones que íbamos á ocupar en el Salado. En una pampa que oí á unos llamar el *Puente* y á otros *Sabana del Puente*, hice alto. Después de encaminar para Puertolisa la División del Coronel Centeno con la caballería, procedí á ascender á uno de los cerros que tenia á la vista, trás del cual, según el informe del guía, estaba el Puente de los Baños del Salado que ocupaba el enemigo. Principiaba mi ascensión, cuando recibo parte de que la División del Coronel Centeno habia encontrado al enemigo. En el acto, acompañado de mis Ayudantes, me puse en marcha en dirección de ella, y cerciorado de que no habia mas novedad que un cambio de tiros entre nuestra avanzada y una partida volante del enemigo, retrocedí para continuar en mi exploración y hacerme cargo de la localidad donde iba á maniobrar. El guía se equivocó en un cuarto de legua, y como cuando regresé era ya pasado el medio día, dispuse que la tropa descansara é hiciera su rancho. En la tarde se avanzó algunas cuadras, y en esa posición pasamos la noche para, por la madrugada, continuar avanzando por el camino que llaman del *Corte*.

Al rayar el alba del 3, el *Esmeraldas* ocupaba las faldas de la altura que llaman la *Cantera*, sin haber sido advertido del enemigo, de quien nos separaba sólo el Estero Salado. Pasé á reconocer la localidad, subí á pié hasta una ramadita que habia en la Cantera y me persuadí de que esas formidables posiciones estaban abandonadas en lo absoluto. Recomendé continuara el *Esmeraldas* ocupando la parte baja para evitar en lo posible que el enemigo se apercibiera de nuestra presencia, y retrocedí para tomar posesión de esas alturas por otra vía con la cautela necesaria. Todo se ejecutó como lo habia dispuesto. En la esplanada de la primera altura á que llegué, hice situar los dos cañoncitos que llevaba. De ese punto, que por informe equivocado del guía le dimos el nombre de *Cerro del Carmen*, se dominaba completamente, á tiro de rifle y casi de flanco, la trinchera enemiga del Manicomio, defendida por varias piezas de artillería y por una canal que se anegaba con la marea y que le servia de foso: éste la hacia inaccesible para ser tomada por asalto en un ataque de frente. Tambiéu dominábamos por allí parte de la línea fortificada del cerro de Santa Ana; y por el lado del Estero veíamos la parte del edificio del Puente, departamento de baños para hombres, convertido en trincheras aspilleradas. La vista del resto del edificio del Puente, nos la impedía otro cerro que se levanta en medio de esas alturas. Comisioné á don Juan Gamarra, quien á cada momento se hacia presente pidiéndome con entusiasmo lo ocupara, para inspeccionar esa cumbre, á la vez que para hacer abrir una trocha que ofreciera tránsito seguro. Poco después vino á darme parte de haber cumplido su comisión, y guiado por él, fuí á examinar esa eminencia. Desde ella dominábamos completamente las obras de de-

fensa que tenia el enemigo en las inmediaciones. Mi gozo fué grande, porque veia la ventaja con que íbamos á luchar; y á la vez sentí pena al ver un destacamento de bomberos defendiendo la mala causa de la Dictadura, y que con aspecto marcial estaban formados en el costado izquierdo del Puente, con la atención fija hácia Puertolisa. Miré también con desesperación el recinto donde estaban presos mis amigos y compañeros, cuya vida estaba pendiente del resultado de nuestras operaciones. volví al Cerro del Carmen que estaba al pié, satisfecho de haber tomado esas formidables posiciones sin un tiro, y con la suerte de no haber tropezado con ninguna de las minas de dinamita que se aseguraba habia colocado allí el enemigo.

Dispuse que la columna *Vengadores de Piedrahita* tomara posesión del cerro que acababa de inspeccionar con el señor Gamarra, y que el batallón *Vengadores de Valverde* estuviera listo para maniobrar por nuestro costado derecho. El Coronel Avellán procedió, con el entusiasmo y puntualidad que le caracteriza, á examinar el terreno que le señalaba, y un momento después el *Piedrahita* estaba convenientemente apostado en la cumbre que, desde entonces, conocemos con el nombre de Cerro Piedrahita, y el *Valverde* en la hondonada que desemboca al Estero. Por el camino del *Corte*, ó sea nuestra ala izquierda, continuaba el *Esmeraldas*, y á distancia conveniente estaba lo demás del ejército, con excepción de la columna *Guayas* y del batallón *Pickincha*, mandado éste por el muy patriota Comandante Zenón Sabando, situados en el Cerro del Carmen. El entusiasmo y la confianza en el triunfo se demostraban en todos los ánimos. En esas circunstancias llegó el señor Arauz, dueño del establecimiento de baños del Salado, y me entregó la carta que copio en seguida:

1883, Mapasingue, 3 de Junio.

Señor General Eloy Alfaro.

Muy estimado amigo:

Lo saludó de la manera más cordial, y tengo vivo deseo de que en unión de todos los amigos haya tenido viaje y arribo feliz.

El caballero conductor de esta es el que viene de Guayaquil y que sabe el lugar donde están enterrados los cajones de dinamita. Lo envío donde U. para que le dé los avisos que pueda convenirle.

.....

Le ruego que me de avisos frecuentes y minuciosos sobre todas y cada una de sus operaciones, sin omitir comunicarme el momento en que principia el paso del Estero, y el momento en que termine tan importante operación. Recuerde que aquí estamos pendiente de lo que U. haga, y para dictar sus disposiciones no olvide que el ataque de por este lado no puede principiar sino á las cinco de la mañana del día que U. me indique.

.....

Junto con todos los amigos reciba finos recuerdos de Uquillas, junto con un abrazo de su mejor amigo,— *José M.^a Sarasti*.

En el acto hice comparecer al Coronel Avellán y Comandante Alfaro, que mandaban los puntos avanzados que en el ataque por nuestra derecha é izquierda habian de converger sobre el Puente, para que se informaran con precisión donde estaban las minas de dinamita que el Dictador habia mandado colocar para defender el acceso al Puente. El señor Araúz nos explicó con exactitud esa artería del enemigo, y ya informados regresaron esos jefes á sus respectivos cuerpos.

Los vigías del Cerro Piedrahita dieron parte de que de la ciudad salian tropas en dirección á Puertolisa. Al medio dia oí descargas hácia ese lado. Sucedió que una flotilla de embarcaciones menores llenas de soldados de la dictadura, navegaba por el Estero y al presentarse en Puertolisa, fué recibida á balazos y destrozada por los de la Columna *Rocafuerte*. La embarcación que no pudo retroceder con presteza, fué echada á pique. Dos de las canoas enemigas, abandonadas por sus tripulantes, las tomaron los nuéstros. El enemigo, repuesto de su rota en la orilla opuesta y reforzado por el auxilio de las tropas que habian visto marchar los vijías del *Piedrahita*, rompió un fuego nutridísimo contra nuestro destacamento de Puertolisa. El Coronel Centeno acudió con presteza con el resto de su División; pero como los fuegos del enemigo no causaban daño por la faja de manglares que hay en cada orilla, se limitó á contestar con uno que otro tiro como para hacerse presente. Solamente tuvimos herido al Sargento Aparicio Saatana, mientras que del enemigo se veian flotar en las aguas del Estero gran número de cadáveres.

Algún tiempo después leí en *El Nacional* de Quito, correspondiente al 23 de Junio, una correspondencia dirigida de Babahoyo á uno de los Pentaviros, en la que refiriéndose á esta función de armas, comunica que el Dictador intentó pasar por abajo de Puertolisa 250 hombres, embarcados en botes y canoas, con el objeto de flanquearme, y que descubiertos en momento preciso por mis tropas, tuvieron que emprender la fuga con pérdida de 80 á 100 muertos. Hasta hoy ignoro el objeto que se propuso el enemigo con esa evolución; sólo sé lo que dejo referido.

Á invitación mia vino el General Sarasti á mi campo. Después de recorrer conmigo la cumbre del *Carmen*, lo invité también para que ascendiera á la cima del Cerro Piedrahita, desde donde se dominaba mejor al enemigo. Me excusé de acompañarlo por estar sumamente fatigado de tanto subir y bajar cerros, apénas transitables á pié, desde el dia anterior, y le di uno de mis ayudantes que le sirvió de guia.

Un espía que habia mandado á la orilla, me trajo el informe de que el enemigo apenas tenia comenzada la destrucción del puente.

Con la exactitud característica en el soldado que sabe cumplir con su deber, acababa de recibir parte del General Vera, G. de E. M.

General, de que solamente tenia dos ó cuatro canoas listas, y otras tantas sin los aperos necesarios, é inútiles por lo mismo para la empresa de cruzar el Salado,—cuando sonó intempestivamente el primer tiro. Ocurrió que un centinela del Puente, se apercibió de la presencia de una avanzada nuestra, contra la cual disparó: su tiro fué contestado con una descarga de nuestra descubierta. Para aprovechar de la sorpresa, dispuse cargar de firme sobre el Puente. Al General Vera le comuniqué la orden de dirigir el ataque por el camino del *Corte*, en cuya dirección mandé la Columna *Guayas* con la ametralladora, para que situada convenientemente favoreciera con sus fuegos el acceso al Puente. En los puntos avanzados, los fuegos se sostenian nutridísimos. Mandé avanzar la División del Coronel Vargas Torres que mantenía de reserva. Á los primeros disparos se inutilizó el cañoncito que mandaba el bravo Mayor Coulet. El otro cañón á órdenes del valiente Capitán Armazo, dirigía su puntería á la trinchera visible del Puente; por un instante estuve dirigiéndolo hasta que llamé al Coronel Pallares, para que repitiera la misma faena de *Aragóné*. Dos cañones de la línea de Santa Ana y 4 de la trinchera del Manicomio hacian un fuego vivísimo sobre el camino del *Corte* y Cerro del Carmen. En eso noté que los fuegos del *Piedrahita* habian cesado por completo, y como sin embargo de los toques de mi corneta de órdenes continuaban en silencio, mandé uno de mis ayudantes á hacer cumplir mi mandato. Intertanto, los fuegos de los defensores del Puente declinaban rápidamente á la vez que los de las trincheras del Manicomio habian tomado actividad extraordinaria. Fijé mi atención en ese punto, y dispuse que una compañía de tiradores escogidos del *Pichincha*, desde un punto inmediato rompiera sus fuegos sobre el Manicomio, y esperaba la vuelta del Comandante Zabando que habia ido á colocar personalmente la guerrilla indicada, para mandarlo con el resto de su batallón al Cerro Piedrahita, con cuya maniobra esperaba en pocos minutos ver á los defensores del Manicomio desalojados de su trinchera; porque combatidos de sorpresa, de flanco y á descubierto, no podian hacer mucha resistencia contra los fuegos de mis tropas de dicho cerro. Ocupado en esa disposición, se me presentó el General Sarasti que bajaba del Cerro Piedrahita, y con aspecto muy contrariado me preguntó:—¿Qué es esto, señor General?—Aprovecho de la sorpresa, le contesté. Me replicó que lo que yo hacia no era lo convenido. El efecto de un rayo me causó ese cargo, porque sentí como que se dudaba de la lealtad de mi carácter. Lo convenido, en verdad, era que el ataque combinado deberia tener lugar al amanecer del dia siguiente, 4 de Junio. Entonces le pregunté qué deseaba, y me contestó que mandara suspender los fuegos. En el acto dí la orden, y el toque de mi corneta, fué repetido por el corneta enemigo de la trinchera de los Baños. Como por encanto, en el acto, cesaron los fuegos de ambas partes. En esos momentos, el *Esmeraldas* habia avanzado á menos de 50 varas de la entrada del Puente, y el *Vengadores de Valverde* habia llegado casi al pié del mismo Puente,

cuando sorprendidos por el toque de *alto el fuego*, cesó el ataque. Dudé de la existencia de las minas de dinamita, porque el Coronel Avellán en la arremetida con el batallón *Valverde* llegó al lugar donde estaban, sin daño alguno. Las minas realmente existían, como se comprobó después que ocupamos á Guayaquil, pero el ingeniero de Veintemilla en lugar de poner dinamita, puso materias inofensivas. El General Vera para llenar cumplidamente su comisión, avanzó hasta donde combatía el *Esmeraldas*. El Comandante Borja se me presentó á darme parte de que no le había dado tiempo para usar la ametralladora, cuando ya se encontraba en posición favorable de hacerlo.

En vista de la situación, convenimos con el General Sarasti que ya era imposible consumir al siguiente día el ataque combinado de antemano; porque advertido como estaba ya el enemigo de mi presencia por ese lado, era materialmente imposible pasar el Salado en cuatro canoas; operación preliminar acordada para que el Ejército Restaurador cargara por el llano de Mapasingue sobre la línea fortificada del Cerro de Santa Ana y Manicomio. Convenimos en la necesidad de acordar un nuevo plan, y en esa inteligencia se regresó á su campamento.

Como en mi ejército la disciplina constituía su fuerza y respetabilidad, procedí á averiguar al momento qué jefe era responsable de la desobediencia de mi orden, al no haber continuado los fuegos en el Cerro Piedrahita. Se me probó que de orden del General Sarasti, á quien por su intimidad conmigo lo consideraban como á mi propia persona. Me alegré de verme eximido de la obligación de hacer un castigo ejemplar, y en cierto modo excusé al General Sarasti, por considerar que si yo entro ese día á Guayaquil, no se habría escapado del dictado de traidor dado por los terroristas. Miétras tanto, los partes que yo recibía de los jefes que habían entrado en combate, era averiguando qué significaba semejante interrupción.

Los partes respectivos están publicados en la *Gaceta Oficial* número 4, órgano de mi Gobierno. Allí están consignados los detalles de esa función de armas. Juzgo de mi deber reproducir parte de ellos. Dice el Jefe de Estado Mayor de la 3ª División:

“El Sarjento Mayor señor Tobías E. Rumbca, por acuerdo de usted bajó con la primera compañía á situarla al pié de la colina, á orillas del estero, hácia la parte oriental, y ordenóle que, al romperse los fuegos, avanzara con dirección al puente, debiendo disparar sus tiros contra el enemigo cuando éste lo hiciera contra alguna de nuestras guerrillas al descubrirla.

Al grito de alarma del centinela enemigo, y cumpliendo el mandato superior, contestó los fuegos el batallón “Vengadores de Valverde,” á cuyos primeros tiros cayó el centinela mencionado. Se trabó, pues, seriamente el combate; y nuestros entusiastas y valientes compañeros de armas avanzaban con dirección al puente que los enemigos de la patria abandonaban poniéndose en vergonzosa fuga, cuando nos sorprendió el

toque de "alto el fuego," con seña de la Columna de "Vengadores de Piedrahita." En el acto procedí á indagar la causa por qué se habia dado tal disposición, y el señor Teniente Coronel Jefe de la Columna, me contestó que el señor Jeneral Sarasti se lo habia ordenado personalmente. En estos momentos el Sarjento Mayor Tobías E. Rumbear bajó con la 5.^a compañía de "Vengadores de Valverde" á incorporarla á los valientes de la 1.^a que avanzaban hasta el puente, y las cuales llegaron, ya unidas, á unos 15 metros de él.

Continuaba el batallon avanzando, pero el segundo toque de "alto el fuego" con seña del mismo cuerpo, ordenó usted señor Coronel (que con la serenidad del valor que le caracteriza marchaba á la cabeza del batallón) la suspensión de los fuegos, lo que se pudo conseguir no con poca dificultad, en atención al entusiasmo que animaba á nuestros decididos defensores de la patria, y mucho más cuando notaban el buen éxito de su acometida, é inmediata la libertad de nuestra querida desgraciada Guayaquil."

El Comandante Jeneral de la 1.^a División, al trascribir el parte de su Jefe de Estado Mayor divisionario, se expresa así :

"El ciudadano encargado del mando inspeccionó después con usted el terreno, y dispuso la colocación en punto conveniente, de la vanguardia que estaba á mis órdenes. Aun no habiamos sido advertidos por el enemigo en esa ventajosa posición; mas de pronto, como á las 3 p. m., oyéronse detonaciones de una avanzada enemiga; preciso fué contestarlos lentamente, con unos pocos disparos; oyose en esto el toque de ataque, dado por el corneta de órdenes del ciudadano Comandante en Jefe; cargó entónces el "Esmeraldas" haciendo un nutrido fuego sobre su costado derecho, ó sea el puente del Salado; y de frente hácia el Corte. Por su parte el enemigo, con vivísimo fuego de cañon y fusil nos contestaba. Mucho habia avanzado el "Esmeraldas" en dirección del Puente, cuando se oyó en la cima del cerro el toque de corneta de órdenes del ciudadano Director de la Guerra, "alto el fuego y ocultarse." No supimos cómo explicarnos esa operación, en los momentos en que á menos de cincuenta varas del puente, cargaban entusiastas nuestros valientes, seguros de penetrar por ahí al campamento enemigo, apoyados de cerca por el "Seis de Abril." Usted, señor Comandante General, que en esos momentos estaba al lado del ciudadano encargado del Mando Supremo, sabrá el motivo de esa suspensión y se la explicará mejor. El señor Jefe de Estado Mayor General se presentó en esos momentos y á pesar de las intimaciones verbales del señor Comandante del denodado "Esmeraldas," avanzó hasta delante del centinela de la avanzada que éste tenia frente al puente. Nosotros quedamos en posesión del terreno sobre el cual combatimos y nos parapetamos según nos lo permitieron las sinuosidades del mismo. En media hora y más de este nutrido fuego, el "Esmeraldas," ostentó una vez más, aquellas bien probadas gallardía y bravura, con que lo hemos visto combatir en "Las Quintas," y varias veces ante las trincheras de la ciudad heróica, donde aquilató su nombre."

.....
 "Al exacto parte anterior tengo que agregar los datos que lo completan. En lo más recio del combate el ciudadano encargado del Mandó Supremo ordenó que se diese el toque de corneta, "alto el fuego y ocultarse," á solicitud del señor General Sara ti, quien acababa de llegar. Acaso contribuyó mucho á esa orden, el haberse inutilizado uno de los dos cañones que teníamos sobre esa cumbre del Cerro del Cármen, donde estábamos. También inmediatamente repitió el corneta enemigo nuestro toque; así es que, de una y otra parte, cesaron casi simultáneamente los fuegos.

.....
 El Coronel Comandante General,—*Manuel A. Franco.*"

Tuvimos que lamentar la muerte del gallardo y valeroso capitán Alejandro Mata, y de los heridos fallecieron pocos días después los valientes Alférez Rafael Llerena y Sarjento Francisco Suárez. Gracias á la sorpresa, no tuvimos más pérdidas que lamentar. Si ese ataque lo hubiéramos repetido después en la misma forma, la mitad de nuestra jente habria quedado en el campo. Y si los fuegos de la cumbre del Piedrahita no hubieran fallado, el "Vengadores de Valverde" y el "Esmeraldas" habrian encontrado resistencia nominal en su avance. Las pérdidas del enemigo fueron notablemente mayores que las nuéstras. Al despuntar el alba del día siguiente, la avanzada del "Esmeraldas" tuvo un ligero cambio de tiros con una partida que se ocupaba en recoger los cadáveres del enemigo.

Mucho disgusto produjo en mi ejército la suspensión del ataque del día 3.

El enemigo aprovechó de la noche para ensanchar la destrucción del puente, destruyendo como una tercera parte del lado que daba á nuestra orilla.

Con las acciones de guerra en Puertolisa y Puento del Salado del día 3 de Junio, que dejó historiadas, quedó establecido el "círculo de fuego," que llevó la confusión y la muerte á las filas del Dictador.

En fuerza del deber, pero con pena, paso á reproducir parte del Boletín N° 27 de mis a'liados, publicado en el número 23 del periódico oficial del Pentavirato, correspondiente al 16 de Junio de 1883 y que se refiere á las evoluciones del día 3. Dice así:

BOLETIN NUMERO 29.

Quito, Junio 9 de 1883.

"Son contados los momentos que nos quedan para alzar el grito de victoria; para ver libre la patria y lavada de la afrenta que la deslustraba. La comunicación que insertamos hace ver que muy pronto sabremos la ocupacion de Guayaquil por el ejército restaurador. No hay duda, ante el llamamiento de la patria, cede todo, y se olvidan los rencores y reverdece la oliva de la paz en todos los ámbitos de la República.

... ¿Quién podrá detener los pasos del Ejército, á quien impulsan el patriotismo y el favor del cielo ?

.....

.....

República del Ecuador.—Miembro del Gobierno provisional y General Comandante en Jefe del Ejército.—Cuartel general en Mapasingue, á 4 de Junio de 1883.

Honorable señor Ministro de Estado en el Despacho de Guerra.

Sírvase US. H. poner en conocimiento del Supremo Gobierno que se halla ocupada por nuestras fuerzas toda la línea del Estero Salado, hasta el puerto de Lisa. Durante la ocupación de esas interesantes posiciones, han ocurrido solamente dos tiroteos parciales; el uno el día de ayer á las tres de la tarde en el puerto de Lisa, con las fuerzas comandadas por el señor Coronel José Martínez Pallares; y el otro con una guerrilla de las fuerzas que ocupaba el cerro del Carmen, al lado opuesto de los baños del Estero Salado, á las 4 del mismo día p. m. En el primer encuentro, fué derrotada la avanzada del enemigo y destruidas dos canoas con veinte hombres. En el tiroteo del puente del Salado, al que tuve el honor de asistir, juntamente con el señor General Alfaro, se hicieron también algunas bajas á las fuerzas dictatoriales, quedando las nuestras dueñas de sus posiciones. Los dictatoriales no se atreven á salir de sus trincheras y nos dejan ocupar sin esfuerzo las mejores posiciones.

Si algo ocurre de notable, lo comunicaré oportunamente.

Libertad y Orden.—*José María Sarasti.*

Es copia.—El Jefe de Sección, *José Javier Guevora.*

Con el vocablo "*nuéstras fuerzas*" cualquiera podría considerarse autorizado para creer que el Ejército de la Restauración era el que ocupaba *toda la línea del Salado*. Cuando leí esa nota atribuí su falta de claridad á algún abuso independiente de la voluntad é intención del Comandante en Jefe aliado. *El Nacional* del 23 del citado Junio, inserta una nota en la que, sinó contradice, corrige en parte la nota anterior. Héla aquí:

BOLETIN NUMERO 31.

Quito Junio 12 de 1883.

República del Ecuador.—Estado Mayor General del Ejército.—Campamento de Mapasingue, Junio 6 de 1883.

Al honorable señor Ministro de Estado en el Despacho de Guerra y Marina.

En conformidad con lo acordado por los señores Generales que mandan el Ejército, salió del campamento de Mapasingue, el 2 del presente, á las 7 p. m., el señor General Eloy Alfaro, con toda su fuerza y sección y média de nuestra artillería. Ejecutando un movimiento por nuestro flanco derecho, ocupó los cerros del Salado, á medio tiro de las trincheras enemigas, derrotando á las avanzadas que encontró en el estero. Los dias 3, 4 y 5 ha sostenido la misma fuerza un tiroteo de cañon y fusilería casi continuo, sin haber sufrido graves pérdidas, y causándose las muy considerables al enemigo, el cual se ha visto obligado á no dar un paso fuera de sus trincheras, porque ha sido rechazado siempre que de ellas ha salido. Los tiros de nuestra artillería han sido muy certeros y son los que mayores daños han causado [¿.....?]

El entusiasmo se aumenta dia á dia, y todos arden por que suene la hora del combate.

Las operaciones militares se están activando en lo posible y pronto será el ataque definitivo, el cual, no dudo, que dejará cimentada la paz pública.

Dígnese US. H. poner estos pormenores en conocimiento del Supremo Gobierno provisional.—Dios guarde á US. — *Secundino Darquea.*

Más adelante tendré ocasión de volverme á ocupar de las dos notas preinsertas, y explicaré las circunstancias como llegaron á mi poder, y que me hicieron concebir sospechas de que se había puesto en juego alguna intriga para hacerme desconfiar del General Sarasti y chocar con él.

El dia 4 lo pasé alarmadísimo con la recaída de los numerosos enfermos convalescientes que habia permitido vinieran creyendo que no habria lugar á demora en el ataque.

Por un acto de atención con un inglés empleado del telégrafo, por poco pierdo al valeroso y activo Proveedor general de mi Ejército, don Emilio Estrada. Una bala habia cortado el alambre en las inmediaciones del puente, según me informó Estrada, y consentí en que sirviera de guia á Mr. Marten. Cuando del puente los vieron adelantar les gritaron para que se pasaran, y viendo que no sucedia tal cosa, les hicieron fuego. El alambre del telégrafo fué reparado bajo los fuegos de Estrada, quien tuvo la buena suerte de salir ileso, despues de haber *palomeado* uno, por lo ménos, de los dictatoriales.

El dia 5 quedó definitivamente organizado el servicio que en el cerro Piedrahita debia prestar la columna de ese nombre, consistente en hostilizar á toda hora al enemigo. El resultado de la primera función lo detalla el siguiente parte :

Ecuador.—Columna *Vengadores de Piedrahita*.—Cerro frente á las trincheras del Dictador, el 5 de Junio de 1883.

Al ciudadano Teniente Coronel, Jefe de Estado Mayor de la 3.ª División del Ejército libertador.

Cábeme el honor de participar á usted que, cumpliendo con la órden superior que me fué trasmitada en la mañana de hoy, al notar en el campamento enemigo que reforzaban sus trincheras y formaban otras, hice descargas parciales sobre ellos ocasionándoles, visiblemente, veinte y tres bajas que quedaron tendidas en el campamento; entre las cuales cayó un oficial ó jefe, el mismo que lo retiraron con precipitación.

El enemigo abandonaba el campo poniéndose en fuga, y fué contenido por un individuo de á caballo, pasado lo cual se separó á escape. Suspendí los fuegos por haberse guarecido en sus trincheras el enemigo.

Es digna de recomendación la serenidad y entusiasmo de los jefes y oficiales, y la subordinación de los soldados, mereciéndolo en particular el Comandante Uladislao Avilés y los capitanes Pedro Franco y Ramón Mejía.

En este instante, creyéndolo conveniente, hice hacer nuevamente fuego, y cayeron cuatro mudistas, entre ellos el del caballo blanco, que contuvo á los que huían [según queda relacionado], el mismo que regresó por segunda vez.—Libertad ó Muerte.—*Daniel Plaza Iglesias*

En este tiroteo no tuvimos mas baja que la del Teniente Darío Toledo, herido á mi lado.

Esa clase de tiroteo lo bautizaron los soldados con el nombre de *palomeo*, táctica que forzó á los defensores del Puente á no dejarse ver ni la nariz, porque los tiradores de la columna *Piedrahita*, convenientemente apostados, no perdian ocasión de *palomearlos*.

En cuanto á los de la trinchera del Manicomio, no quise avisparlos considerando que dominándolos de flanco, estaba á mi arbitrio barrer con sus defensores con tiros de rifle cuando fuere conveniente; dejando así de ser inespugnable en un ataque de frente. Pero no me valió esa lenidad porque los dictatoriales aprovecharon de ese interregno para principiar á levantar trincheras trasversales que los pusiera á cubierto de los fuegos de nuestros cerros. Por la altura que ocupábamos, de poco tenían que servirles esas nuevas obras de defensa. De mi parte procuré siempre alarmarlos lo menos posible.

Algunos pormenores que corresponden á los acontecimientos que dejo relatados, están insertos en *El Nacional* número 24: en el estado de confusión que los restaurados han venido elaborando, viene al caso su reproducción:

BOLETIN NUMERO 30.

Quito, Junio 11 de 1883.

Muy interesantes, aunque cortas, son las comunicaciones que, por

la posta, se han recibido hoy, á las ocho de la mañana. Las copiamos literalmente, como solemos hacerlo, para que los innumerables patriotas que tienen fijo su pensamiento en Guayaquil, y sienten agitado su corazón en la diaria expectativa del último y decisivo ataque al bándolero, conozcan la terrible situación de éste y la proximidad de nuestro indubitable triunfo. ¡Algunos dias más, y el Ecuador volverá á ser pueblo libre!

Guayaquil, Junio 6 de 1883.

“Señor J. M. P. Caamaño.

Estimado amigo:

El efecto físico y moral del tiroteo de ayer ha sido cual ustedes talvez no debían esperarlo. El día 3 murieron en el puerto de Lisa, muchos bomberos y soldados, cuya muerte se oculta so pena capital. Ayer murieron también algunos y el desconcierto fué tal, que el Dictador no sabía qué hacer. Concentró en la Artillería el “Ocho de Setiembre.” La casa del Salado está en ruina y abandonada: no se atreven á acercarse. Un oficial que cruzaba hoy del Salado al Manicomio, recibió, del cerro, un balazo en el brazo, que ha sido necesario amputárselo. El pánico es estupendo y el pueblo sensato recobra aliento y espera con confianza.

“Señor D. Lucio Salazar.

Mapasingue, á 7 de Junio de 1883.

Querido Lucio:

Algo indispuerto de salud, pero no tanto que me prive del honor de combatir sin tregua á la infame Dictadura, te escribo por el presente posta. Nuestro deber de economizar sangre ecuatoriana, en la actual lucha, nos ha inducido á estrechar más y más el círculo de fuego que rodea á Veintemilla, á fin de dar con toda rapidez el ataque decisivo. Hoy los miserables esclavistas no pueden atravesar en ningún sentido la sabana que está al oeste de Guayaquil, sin ser *palomeados*, como dicen nuestros valientes soldados. Tienen ya muchos muertos y heridos; y hasta aquí no hemos hecho otra cosa que espantarlos. ¿Qué será cuando sufran el *porrazo* que les preparamos?....

Ofrece mis respetos á los señores del Gobierno y ocupa á tu decidido,—*F. J. Salazar*.

Te anticipa un abrazo de triunfo tu viejo amigo,—*Antonio Florez*.

Las noticias halagadoras que contiene el *Boletín número 30* que dejo reproducido, se refieren, repito, á hechos exclusivamente del Ejército de mi mando. Hago esta advertencia porque cualquiera de mis lectores que no tenga conocimiento de lo que ha pasado en el Ecuador, extrañará la intercalación de documentos al parecer sencillos é inocen-

tes; pero cuando sepa que todo eso tiene por objeto esclarecer los sucesos desfigurados sistemáticamente, comprenderá el objeto que me obliga á echar mano de los documentos irrefutables de los que fueran mis aliados, cuando la honra nacional exigió de los liberales hacer el sacrificio de esa alianza.

No digo que los restauradores si hubieran elegido dirigir las maniotras que ejecuté, no habrían podido hacer cosas iguales y aún mejores que yo; ni tampoco digo que despues de haber pasado el peligro pueda darse importancia al hecho de haber expuesto á mis abnegados compañeros á perecer volados por la dinamita, puesto que no hicieron explosión las minas anunciadas; pero de esto, á tratar de desfigurar ó apropiarse lo que no les tocó hacer, entraña un maquiavelismo que no les puedo envidiar. Sin ese flujo vertiginoso empleado para darle autoridad oficial á tanto maquiavelismo, no me vería hoy en posesión de datos que pongan al lector en capacidad de apreciar los hechos y sus autores.

Vuelvo á tomar el hilo de los acontecimientos.

Por la excelente colocación que teníamos, el enemigo no nos causaba daños de mayor significación, pero las enfermedades me ocasionaron más de 100 bajas al segundo día de ocupar la margen del Salado. Sufríamos escasez de víveres y aún de agua, y todos vivíamos enteramente á la intemperie, porque las circunstancias no nos permitían estar de otro modo. Mi situación, buena en cuanto á las posiciones que ocupábamos, adolecía de graves inconvenientes. Examinado el campo me convencí, de que advertido como estaba el enemigo, no podía pasar en canoas el Estero por las inmediaciones del puente, mientras no se destruyeran las trincheras que lo defendían. Lo que habia pasado en Puertolisa con la flotilla enemiga, ponía de manifiesto lo que debia esperar de una agresión semejante de mi parte. Para destruir las trincheras del puente pensé que era necesario traer la artillería que tenían mis aliados en Mapasingue, y entonces consideraba practicable hacer el paso del Salado con seguridad y comodidad, á la vista del enemigo por la sabana, pero contenido á distancia conveniente por los fuegos de nuestros cerros. Esta idea manifesté al General Sarasti, añadiendo que como á mí se habían de resistir, por celos, á proporcionarme toda su artillería, se obviaba ese inconveniente con dejarles esas posiciones, y que con mis tropas me iria á buscar un paso más abajo, y si no lo podía conseguir volveria para cruzar el Estero por las inmediaciones del puente, despues de destruidas las trincheras. Opiné también que si Veintemilla llegaba á tener noticia de mi excursión por el Salado, se veria obligado á extender su línea de defensa, y que tal medida tenia que ocasionarle muchas bajas en deserciones por ser su ejército compuesto de jente forzada, y también por enfermedades que habia de ocasionarle el tener que vivaquear en campo raso. El General Sarasti me manifestó que de ninguna manera podían tener desconfianza en poner su artillería bajo mis órdenes;—le interrumpí para encargarle que no repitiera esas palabras en su campamento, si queria evitarse interpre-

taciones tenerías; concluyó mi interlocutor diciéndome que el plan que yo le proponía necesitaba consultarlo con el General Salazar, y tornó á Mapasingue. Volvió acompañado del General Salazar para discutir lo que nos conviniera hacer. Repetí el plan que dejó relacionado. El General Salazar manifestó que una vez que tuviera su artillería convenientemente colocada, tenía la certidumbre de destruir en media hora las trincheras del Puente. Se acordó adoptar mis indicaciones, y me ofrecieron mandar al día siguiente tropa para relevar las mías. Este acuerdo fué el que me condujo hasta Sabanagrande, y sin perder un momento comisioné al Mayor Villao y Capitan Terranova pasaran al Morro á reunir las embarcaciones que fuera posible, y las condujeran al estero de San Pedro hasta nueva orden. El relevo ofrecido no llegó; pero recibí un recado muy atento asegurándome que vendría sin falta al día siguiente. Con esta promesa me puse en marcha con parte del Ejército en la mañana del 7 de Junio, y el resto lo dejé en los cerros a las órdenes del Coronel Pallares, con orden de seguir mi camino tan pronto como vinieran fuerzas de Mapasingue á relevarlo. Buscando un lugar que me proporcionara subsistencias, acampé lo principal de mis fuerzas en la hacienda de Sabanagrande el 7 y 8 de Junio. Dejé en Puer-tolisa y Aguapiedra la columna *Jipijapa* bajo la dirección del Coman-dante Simón Mancheno, Jefe de Estado Mayor de la 2.ª División.

Acompañado de una flotilla de canoas convenientemente tripuladas, procedí á inspeccionar las ramificaciones de los Esteros del Salado. Un buen práctico que llevaba, me hacía las explicaciones necesarias. Me fijé en los puntos donde debía situar los dos cañoncitos sacados de Mapasingue, los cuales, una vez colocados, me ponían en aptitud de poder defender la ruta que había señalado para el paso, si llegaba el caso de que en los momentos de cruzar se presentara algún vapor enemigo. Al pasar é internarnos íbamos á salir entre la *Josefina* y *Punta de Piedra*.

Llegó de Guayaquil el Mayordomo de la Hacienda cuyo dueño era partidario de Veintemilla, y al interrogarlo, declaró que su patrón lo había mandado volando porque sabía que mis tropas iban á ocuparla. Esta noticia fué tema de comentarios desagradables, y entré en alarma por la demora de Villao, Terranova y la escolta que traía la flotilla que nos iba á servir de transporte. Para complemento de inquietudes recibí la siguiente carta:

“Mapasingue, Junio 9—[á 3 p. m.] Mi estimado amigo y compañero: Después de reflexionar lo necesario hemos resuelto que no vaya el “Huáscar,” porque tememos que, por perseguirlo, imposibiliten la operación de las chatas é impidan el paso de usted. Pero hemos convenido en que luego que usted nos comunique que su operación se ha hecho bien con las chatas, pase el vapor á proteger el todo.—Yo creo que los capitanes no creen muy hacedera la operación del “Huáscar”; así, pues, esto será para nosotros cosa secundaria, y debemos sólo ocuparnos de hacer el paso en canoas y balsas y con los elementos que tenemos.—Comuníqueme lo que haya ocurrido.—Marchó el *Babahoyo* al

Cerro del Carmen.—Le mando carta de Guayaquil.—Tito me dice que solo cuidan el puerto de Lisa; que la tropa se halla estendida hasta el Manicomio, guardando sólo esa línea; que los puentes de abajo, de los mismos que hablamos, son buenos, y que no ha podido comunicarle nada por allá, porque los dueños de esa hacienda son *muy timoratos*.

Aquí no hay novedad, nada sé del tiroteo de esta mañana.—Escriba que no gasten las cápsulas sin objeto determinado.—De aquí he mandado muchos víveres y me han dicho que allá no llegan: si no se arregla ese ramo ustedes no tendrán lo necesario.—Hoy mando pan y otras cosas para usted —Procure darme aviso, si podrá ó no verificar el paso y cuándo —Aquí hay desesperación y cunde el desaliento de todos.—Las enfermedades nos invaden diariamente y el Ejército se diezma.

Aviseme á qué hora empezará la operación para llamarles la atención por este lado.

Le deseo felicidad.

Su afectísimo compañero y amigo, *José Mⁿ Sarasti.*"

Al fin llegaron las embarcaciones que conducian los intrépidos Villao y Terranova. La demora fué ocasionada por las intrigas del cura del Morro, partidario frenético de Veintemilla. Habia yo conseguido reunir 14 chatas ó sea lanchas con aparejo para navegar á la vela, y muchas canoas, las cuales dispuse fueran embalsadas, con cuya operación ofrecen seguridad en su marcha; trabajo que encomendé al activísimo Coronel Franco y que ejecutó con suma rapidez. El 12 en la mañana se terminaba esa faena y por la marea de la tarde, según el orden de marcha que tenia ya arreglado, principiaba yo el paso del Salado con la 3.^a División á vanguardia.

En ese intermedio vinieron á Sabanagrande los Generales Sarasti y Lizarzaburu y los invité á conocer San Pedro; en canoas fuimos hasta la desembocadura del Estero de ese nombre, en donde expliqué á mis huéspedes la manera y forma cómo iba á efectuar el paso del Salado. Ambos Jefes volvieron contentos á Mapasingue.

Por ese tiempo aun no habian sido relevados el batallón *Colombia* y la columna *Olmedo*, que con el Coronel Vargas mantenía todavía en las posiciones del Cerro del Carmen, por aguardar el relevo ofrecido por mis aliados.

El día 12, desde muy temprano estábamos en Sabanagrande muy afanados con los preparativos de marcha: la tropa se ocupaba en asar su ración de carne para dos días, y el parque se estaba trasladando al embarcadero, cuando la canoa de ronda retrocedió al puerto con la novedad de que algún vapor habia surcado parte del Estero de San Pedro, según se deducía por la estela que señalaba su tránsito. Poco después recibí aviso de señales iguales por otras canales del Estero. Antes del medio día tenia el parte de haberse visto los vapores *Huacho* y *América* en las aguas del Salado. Ese contratiempo me fastidió sobremanera: no tenia elementos para luchar con ellos, y ni hostilizarlos era po-

sible, porque la condicion de esas orillas, compuestas de inmensos manglares, no son accesibles sino en puntos determinados, donde quedaba á la voluntad de los tripulantes de los vapores, atacarnos ó nó. Para cruzar el Salado era ya forzoso sostener un combate naval, y con las embarcaciones de vela y remo que yo tenia, juzgué de mi deber no esponerlas contra vapores bien artillados. Por estas razones no pasé entonces el Salado.

Presentáronseme los hermanos José Antonio y Andrés Marin pidiéndome las canoas de que yo disponia, y con ellas tripuladas por voluntarios me ofrecian y respondian con sus cabezas de la seguridad de tomar al abordaje los vapores enemigos. Ofreciéronseme muchos jóvenes. Jente apta para la empresa sobraba, pero la probabilidad de que fueran descubiertos antes de alcanzar á llegar al costado de los vapores, hacia muy aventurado el movimiento y por consiguiente desastroso para los expedicionarios. Con pena me negué á complacer a esos patriotas que estaban exasperados por arrollar los obstáculos que les impedia abreviar el momento de volver al seno de sus familias residentes en Guayaquil.

A la 1.30 de la tarde del 13 esos vapores emprendieron ataque contra Puertolisa; intentaron desembarcar sus fuerzas protegidos por sus fuegos de artilleria. La columna *Jipijapa* les hizo los honores de recibimiento y los rechazó ocasionándoles muchas bajas después de un cuarto de hora de combate. El *Huacho* al emprender la fuga dejó abandonada una canoa que la tomó á nado un soldado y la condujo al puerto. Sin esta nueva acción de Puertolisa, los tiroteos desde las alturas frente al puente, que continuaron con eficacia, y las evoluciones por el Salado, habria podido decirse que el Ejército aliado habia tomado cuarteles de invierno en Rusia.

Interrumpiré por un momento la narración de las evoluciones militares para ocuparme en las conferencias de paz que tuvieron lugar en esa época. Traeré primero á la memoria algunos antecedentes.

En meses anteriores habíanse iniciado conferencias de arreglo entre el Gobierno del Pentavirato y el de Veintemilla. La opinion pública, con el apoyo del General Sarasti, anatematizó esos arreglos, y los Plenipotenciarios tuvieron que separarse sin formalizarlos. Continuó el rumor de que no era improbable que esos dos Gobiernos acordaran un avenimiento para proceder contra el Gobierno que yo representaba. Habian principiado á llegar las tropas de mis aliados á Mapasingue, cuando recibí un cablegrama dirigido de Panamá á Ballenita, con fecha 11 de Mayo, por el Agente Confidencial de mi Gobierno, que contenia estas palabras: "Antonio Flores sigue vapor Bolivia." Al recibir ese parte, supuse que habia equivocación de nombre ó de persona; porque me parecia imposible que el doctor Antonio Flores, se aventurara en esas circunstancias á dirigirse á Guayaquil en un vapor mercante, como quien va á su casa, cuando al ser notado por las autoridades del puerto tenia que caer indefectiblemente en las garras de Veintemilla, quien miraria en esa presa una buena prenda para salvar á su familia que tenia

el Pentavirato aprisionada en Quito. Llegó el *Bolivia* á Guayaquil y seguidamente tuve noticia de la llegada de dicho don Antonio, por una tarjeta que tuvo la fíeza de dirigirme de Samborondón en unión de un paquete de periódicos que me mandaban de Panamá. Entonces voló la noticia de que un buque de guerra inglés había impedido en Guayaquil, amenazando emplear la fuerza, el que el doctor Antonio Flores cañera en poder de Veintemilla. Esperaba con inquietud la complicación que produciría la protesta de las autoridades de Guayaquil contra la intervención de fuerzas extranjeras, cuando lo que recibo es la noticia de voz pública de que el doctor Flores había salido precipitadamente de Nueva York, donde residía, para Guayaquil, llamado por el cable, por un confidente de Veintemilla y de acuerdo con él para terminar arreglos de paz con los terroristas. Impresión profunda produjo en mi campamento la noticia de ese embrollo, pero la firmeza que manifesté en la confianza plena que tenía en el General Sarasti, y en la certidumbre de que los autores de esos arreglos perecerían al plomo de sus subordinados apénas tomaran forma de realidad, calmó los ánimos. Algo grave sospeché que ocurría en el otro campamento, porque notaba en el General Sarasti como repugnancia para volver á Samborondón. Hablando indiferentemente de las noticias del día, me mostró una carta de Guayaquil, en la que le prevenían, que si consentía en mandar al doctor Antonio Flores á Guayaquil con el carácter de comisionado para hacer arreglos de paz, todo lo tenían perdido. No recuerdo ahora por qué circunstancia se interrumpió la conversación, y el General Sarasti se regresó para activar el envío de sus tropas.

Después leí en *El Nacional* de Quito de 9 de Junio, número 22, una extensa correspondencia con el título de "Ejército Restaurador," *Diario histórico. segunda quincena de Mayo*, fechada en los "Llanos de Mapasingue," Junio 1.º de 1883, en la que me llamaron especialmente la atención las palabras que en seguida copio:

"Así en el campamento de Samborondón vinieron á reunirse [don José María Plácido Caamaño y doctor Antonio Flores], con un día de intervalo, de dos puntos diametralmente opuestos, dos activísimos agentes y miembros del Gobierno provisional, después de haber agotado sus esfuerzos para conseguir en los Estados Unidos y el Perú un vapor de guerra, á fin de dominar la ría de Guayaquil. Convencidos de la inutilidad de dichos esfuerzos, ambos patricios, como guiados por un mismo pensamiento, aunque sin combinación prévia, convergían al cuartel general como un centro común, el uno desde Nueva York y el otro desde Lima. Ambos estaban dominados por la idea de que siendo ya imposible tomar al Dictador y someterle á la acción de la justicia, era indispensable poner los medios para evitar el derramamiento estéril de sangre ecuatoriana, así como los perjuicios que causaría al comercio y especialmente al neutral la ocupación de Guayaquil á viva fuerza. El señor Flores particularmente defendió en el cuartel general esta idea de civilización y humanidad, y deferente á ella, el General en Jefe dirigió el 18 de Mayo una nota oficial, en que comisionaba al señor

Flores ante el cuerpo Consular extranjero de Guayaquil. Su comisión no llegó á verificarse por circunstancias que no es del caso revelar, especialmente por oposición de donde menos se esperaba”

Las líneas que dejo reproducidas y que parecen escritas para acusar á la persona que hizo “oposición” al proyecto, manifiestan evidentemente que existió algún plan tenebroso, y que la “comisión” del doctor Antonio Flores “no llegó á verificarse por circunstancias que no es del caso revelar,” como lo afirman las palabras que dejo copiadas del periódico oficial del Pentavirato. A este dato tengo que agregar otro muy significativo. El vapor *Bolivia* en ese viaje hizo escala en Tumaco. Allí desembarcó el doctor Antonio Flores para adquirir noticias, y en conversación con algunas personas manifestó que con su presencia en el Ecuador iban á tener lugar grandes acontecimientos! Semejante confianza del doctor Flores, desde ántes de llegar á Guayaquil, pone en evidencia el objeto de su “comisión.”

El Cuerpo Consular de Guayaquil se mostró siempre muy solícito en prestar sus buenos oficios en todo cuanto estuvo á su alcance hacer en beneficio del país. Obtuvieron de los señores Comandantes de los buques de guerra *Constance*, inglés; *Vittor Pissani*, italiano, y *Hugon*, francés, anclados en la ría, que ofrecieran su mediación á los beligerantes para ver si era posible llegar á algún acuerdo de paz: aceptada la mediación, se acordaron conferencias que debían verificarse a bordo de uno de dichos buques. El General Sarasti vino á mi Campamento de Sabana grande para ponerse de acuerdo conmigo en el personal que conviniere mandar. Por mi parte expresé que iba á nombrar á don Manuel Semblantes, joven inteligente y patriota acrisolado. El General Sarasti me dijo que también nombraría al mismo señor Semblantes, para demostrar con ese acto la realidad y sinceridad de nuestra alianza ante el enemigo, quien parece alimentaba la esperanza de un rompimiento entre nosotros. Le observé que su idea me parecía excelente, pero que no dudaba que en su campamento le habian de oponer cien mil objeciones á ese nombramiento, y que convenia evitar esa crítica. A don Antonio Flores, me dijo, que lo consideraba el más *práctico* para esa comisión, pero que no podia nombrarlo por las circunstancias que habian mediado. Se volvió para Mapasingue perplejo en la designación de la persona que debía mandar de comisionado.

Los documentos que tratan de la participación que me correspondió en las conferencias, están publicados en la *Gaceta Oficial* número 9 del 16 de Octubre. A continuación reproduzco lo más sustancial :

Señor don Manuel Semblantes, Ministro de lo Interior y Relaciones Exteriores.

En el desempeño de vuestro cometido, las siguientes instrucciones

deben servir de prueba auténtica y suficiente, para lo cual os autorizo :

1.º A que acepteis el que el pueblo guayaquileño elija de su seno un gobierno seccional por votación libre, sin cohecho, ni presión alguna, y exceptuando de la votación á la fuerza armada.

2.º A que busqueis la manera de dar remate á la guerra civil, por medio de la creación de un gobierno que satisfaga las aspiraciones republicanas y la honra del Ejército y del pueblo, en caso de que no fuese posible lo contenido en el artículo anterior.

3.º A que os comprometais de parte de mi Gobierno á respetar al de nueva creación, y á prestarle el apoyo del Ejército de lo litoral.

4.º A que os comprometais, de acuerdo con el nuevo Gobierno, á dar inmediatamente un decreto de amnistia por delitos políticos; ó á darle vos mismo si fuere menester.

Dado en el Cuartel general en Sabanagrande, á 17 de Junio de 1883.

El encargado del mando supremo de lo litoral y Director de la Guerra,—*Eloy Alfaro*.

Mapasingue, Junio 20 de 1883.

Señor don Eloy Alfaro, Encargado del Mando Supremo y Director de la Guerra del Ejército de lo litoral.

Por el acta original que tengo á hora elevaros adjunta á esta nota os impondreis del resultado de los buenos oficios que los señores Comandantes de los buques de guerra, inglés, italiano y francés, interpusieron ante la dictadura y las fuerzas republicanas. El remate infeliz de un propósito á la vez que filantrópico, apoyado por la voluntad de toda la Nación, [digo la rendición de Guayaquil] determinando está que inmediatamente se sojuzgue con las armas al enemigo. La responsabilidad de la sangre que se derrame, ante la Patria y la Historia, recae, pues, en el Presidente que resulta convertido en Dictador, valiéndose del arbitrio de destruir los fundamentos legales de su propio poder.

Además de los filantrópicos oficios de los mencionados señores Comandantes de buques de guerra, sus esmeradas atenciones, y el anhelo por la paz en la nación ecuatoriana, son dignos de una expresion de gracias y de gratitud de parte de vuestro Gobierno.

Libertad ó Muerte.—*Manuel Semblantes*.

ACTA de las conferencias con el objeto de evitar el derramamiento de sangre ecuatoriana en la guerra civil.

A bordo de la corbeta de guerra *Constance* de S. M. Británica, el diez

y ocho de Junio de mil ochocientos ochenta y tres, los señores Manuel Semblantes, José María P. Caamaño, Luis Felipe Carbo y Manuel Novoa, delegados respectivamente del Encargado del mando supremo y Director de la Guerra del Ejército de lo litoral, de los señores Comandante en Jefe y Director de la Guerra del Ejército de lo interior y del señor Ignacio Veintemilla, Jefe de las fuerzas que ocupan á Guayaquil, reunidos con ocasión de los buenos oficios de los señores Comandante de los buques de guerra inglés, italiano y francés, procedieron á la exhibición de los poderes, que fueron examinados recíprocamente. Los señores Carbo y Novoa hicieron la observación que en los de los otros dos delegados, existe cierta limitación, puesto que está escrito que son con el objeto de celebrar exponsiones, convenios ó estipulaciones, conducentes á la conclusión de la guerra civil en la República y á la ocupación pacífica de Guayaquil. Discutido suficientemente este punto, convinieron los señores Semblantes y Caamaño, en consultar á sus respectivos mandantes; por lo cual fué suspendida la conferencia.

El 19 de Junio á las doce m. fué continuada por los mismos señores Semblantes, Caamaño, Carbo y Novoa quienes exhibieron de nuevo los poderes del día anterior, sin reforma alguna, expresando no habia sido posible otra cosa; esto último motivó, de parte de los delegados del Jefe de las fuerzas en Guayaquil, la misma observación de la víspera, ampliada con decir, que los poderes de los señores Semblantes y Caamaño, conducen a una capitulación, por el carácter militar en que están concebidos, y no al tratado de paz que ellos venian á celebrar.

No pudiendo pues, obviar de ninguna manera esta dificultad, que impedia por completo la continuación de las conferencias, sin proceder á más, se le dió por terminada, y firma con el Secretario que suscribe la presente acta el delegado señor Manuel Semblantes.—*Manuel Semblantes*.—El Secretario, *M. Sarasti*.

Mis instrucciones, como se ve, eran amplísimas: 1.º para que el pueblo de Guayaquil nombrara libremente un gobierno propio; 2.º Si esto no era posible, entonces que los tres gobiernos que existían depusieran el mando, previo acuerdo y "creación de un Gobierno que satisfaga las aspiraciones republicanas y la honra del Ejército y del pueblo." Si llegaba el caso de tratar este punto, instruí al Ministro Semblantes presentara como candidatos para el nuevo Gobierno á don Pedro Carbo y al General José María Sarasti, para que sus colegas eligieran a uno de los dos. El primero, por su bondad natural é integridad reconocida en su dilatada carrera pública, no infundia desconfianza personal á nadie; y en cuanto al segundo, nuevo en el paleuque político, aunque reputado como liberal, tenia buena acogida entre los conservadores. No dudé pues, que al ser aceptada mi proposición, cualquiera de los dos habria sido bien acogido por el pueblo. Pero habia de por medio intereses bastardos, y por esta razón á nada conducia mi desprendimiento del mando que ejercía. Las conferencias se convirtieron en espasión de fórmulas, aun cuando á veces los señores Semblantes y L. Felipe Carbo hicieron esfuerzos por darle un carácter sério á la discusión; al termi-

narse, el señor Caamaño hizo gala de su sensibilidad derramando lágrimas á torrentes por el fracaso de las llamadas negociaciones de paz.

Por honor de la causa sentí no haber visto antes las condiciones que presentaron mis aliados al Dictador para haberles observado que suprimieran *dos palabras* del artículo 1.º, que copiado á la letra dice así: "Garantías personales para el General don Ignacio de Veintemilla y sus bienes, y para sus partidarios."

Todo el mundo en el Ecuador sabe que los *bienes* de Veintemilla son fruto del robo, y haberle ofrecido "garantías" para esos "bienes," me parece no dejaba de ser escandaloso. Otra de las condiciones era devolver al Dictador, con las *debidas consideraciones*, á sus hermanas y á su sobrina Marieta, la heroína improvisada que mandó las fuerzas de la Dictadura en la jornada del 10 de Enero, y que estaban presas en Quito. Esas proposiciones hicieron mis aliados á Veintemilla cuando yo estaba en mis evoluciones militares por el Salado, y antes que yo tomara ingerencia en las expresadas negociaciones de paz. En resumen, ofreciéronle á Veintemilla lo que más podia halagarle: garantías *para sus bienes* de fortuna y devolverle su familia, todo en cambio de la entrega de la plaza de Guayaquil á los Restauradores. Después, con habilidad, aparece ya la proposición con caracteres de sencillez y rectitud, según la leemos en el número 25 de *El Nacional*. Aquello á que me he referido, del artículo 1.º, lo he copiado de ese periódico.

En el presente folleto no me habria ocupado de las "Conferencias de Paz," sino de una manera incidental, si por mauo quizás inocente, no se me hubiera hecho el cargo de haber dado yo instrucciones amplísimas á don Manuel Semblantes con el objeto de tratar á todo trance con Veintemilla. Para refutar esa imputación temeraria he tenido que traer á la vista algunos papeles, cuyo estudio, comparación de fechas y otras circunstancias que recuerdo ahora, me han dado luz para juzgar de los antecedentes.

En lo moral nos causaron algún desprestigio las tales negociaciones de paz. De Guayaquil nos las censuraron agramente, y nuestro ejército no las miró con agrado.

Ahora veámos lo que ocurría en el teatro de mis operaciones en los dias anteriores al término de las conferencias.

Los vapores de la Dictadura continuaban surcando el Estero Salado, y las enfermedades diezmaban mis fuerzas.

El Comandante Marín me presentó una carta de Guayaquil dirigida á otro Jefe de mi campamento, en la cual se comunicaba que el señor Caamaño habia escrito á un amigo suyo de esa ciudad informándole de que mi Ejército se movía para cruzar el Salado, y que ese amigo, que también lo era íntimo de Veintemilla, habia mostrado dicha carta al Dictador, quien, en vista de ese aviso, habia mandado los vapores que se encontraban en el Salado. Me resistí á creer á puño cerrado en ese informe; la noticia se propagó en mi campamento y causó la misma excitacion que la "comisión" del doctor Antonio Flores cuando pasó por Guayaquil para hacerse presente en Samborombón.

Que Veintemilla tuvo noticia de mi movimiento, no cabe duda: me lo prueba la confesión que me hizo el Mayordomo de la hacienda de Sabanagrande y la presencia tan oportuna de los vapores enemigos que frustraron mi paso del Salado. Ahora, si ese informe fué de Mapasingue, ó del cura del Morro que era partidario frenético de Veintemilla, ó de otro conducto, lo ignoro.

Tuve aviso de la conversación que habian tenido en Mapasingue dos personajes de los restauradores respecto de mí. Acordaron que lo que más convenia era desarmarme, y que principiarian el desarrollo de su plan haciéndome pedir amigablemente el armamento que juzgaban debia tener sobrante. Aquellos personajes hablaban en francés y sin notar que habia una persona que los escuchaba y que comprendia también ese idioma. Antes habíamos recibido avisos semejantes, pero los comunicantes no habian sido personas de completo crédito para mí; mientras que en el caso que relato, no podia poner en duda la veracidad de ese informe. Hablé con el General Sarasti sobre el particular sin omitirle el menor detalle. Bajas tenia numerosas, producidas especialmente por las enfermedades, y por tanto tenia sobrante el armamento correspondiente.

En uno de tantos viajes del General Sarasti á Sabanagrande, venia en su comitiva el señor Caamaño. Como de costumbre me retiré á un lugar solo con el caudillo aliado para conferenciar sobre lo que nos conviniera hacer. En esta ocasión me pidió que tomara parte en nuestra conferencia el señor Caamaño. Le expuse lo inconducente de semejante concurso; pero cuando me dijo que esa conducta daba margen á interpretaciones y quizas á que se dudara de su buena fe, en el acto llamé al señor Caamaño. Incontinenti manifestó el señor Caamaño con mucho entusiasmo y energía, la facilidad que habia para cruzar el Estero por las inmediaciones del Puente, y que él se comprometia á poner en el Salado cuantas canoas fueran necesarias para hacer el paso con actividad. Daba gusto ver al señor Caamaño el entusiasmo con que desarrollaba su plan con precisión matemática. En silencio escuché hasta que el señor Caamaño tuvo la galanteria de designarme para que me encargara de ejecutar su plan con mis tropas. Contesté que de ese modo no esponia yo ni uno solo de mis soldados. El señor *General* Caamaño poseido de entusiasmo febril probó con su denodada retórica lo fácil y seguro del paso. Si es tan fácil y seguro, le observé, ejecútenlo ustedes con sus tropas. No se dió por vencido mi interlocutor, y en el curso de la conferencia expresó con tesón sus lamentaciones porque yo no ejecutaba su plan. Las trincheras del Puente cuya destrucción habia exigido yo como condición para verificar el paso por allí, continuaron existentes. Acordámos la formación de dos balsas en el Salado, en las cuales debia colocar la artillería que yo tenia con el objeto de asegurar la defensa de cierto radio del Estero, y ver si de ese modo contenia los vapores y hacíamos el paso lejos de los puntos guarnecidos por el enemigo. El señor Caamaño ofreció mandar algunos palos de balsa, y lo cumplió porque me parece recordar que

cuando estaban al terminar las Conferencias de Paz de que he hablado antes, estaban ocupados en la faena de la conducción. Con cariñosa llaneza me preguntó el señor Caamaño por el armamento que tenía sobrante. Me pidió no recuerdo cuantos rifles, y se los negué; pero como el señor Caamaño no es de los que se ahogan ante una negativa, me atacó con el regateo y cuando se redujo su pedido á 32 Remington, me dió vergüenza haber entrado en ese regateo y le ofrecí dárselos. Quedaba pues, confirmado el informe de mi amigo de Mapasingue, respecto al modo de quitarle el armamento.

Apenas regresó el señor Caamaño á Mapasingue, mandó por 40 rifles y 4 cajas de cápsulas. Dí orden que se entregara el número que habia ofrecido y las cuatro cajas de cápsulas. Este hecho produjo en el campamento de Sabanagrande una conmoción grande: sin la confianza personal que en mí tenían mis subordinados, habria habido insubordinación y revolución para impedir la salida de un solo rifle de nuestro armamento. Despues hicieron otros pedidos y me negué. De todos modos, mi armamento era más codiciado porque cada Remington estaba completo, mientras que en el otro Ejército, raro era el rifle que tenia baqueta, y la escasez de bayonetas era tanta, que por este motivo le habia dado antes al General Sarasti 300 bayonetas-sables.

En otra entrevista con el General Sarasti, me manifestó que el General Salazar deseaba tener una conferencia con él y conmigo solamente. Acordamos sería en Palobamba, donde tenia yo escalonado el batallón *Colombia* que habia sido demorado en los Cerros del Carmen hasta el 14 de Junio, y lugar que distaba una legua de Sabanagrande. La Conferencia se verificó uno ó dos dias después de terminadas las negociaciones de paz. El General Salazar manifestó con mucho juicio, lo peligroso que le parecia ya insistir en cruzar el Salado, y en que no era militar la situación de nuestros ejércitos, porque le dábamos la ventaja á Veintemilla de poder elegir y atacarnos divididos. Agregó que por la distancia en que nos encontrábamos, no nos podíamos prestar auxilio mútuo en el momento dado; que, por ejemplo, al ser atacado mi Ejército en Sabanagrande, mientras se recibia la noticia en Mapasingue y se ponian ellos en movimiento para auxiliarme, llegarían tarde cualquiera que fuera el desenlace; y que, ahora que Veintemilla tenia su atención fija en impedir mi paso por el Salado, era el momento de concentrar ambos ejércitos para atacar unidos por el llano de Mapasingue, apoyados por los fuegos de los Cerros del Carmen. Contesté que por lo que correspondia á la situación de mi Ejército, no estaba en situación de poder ser atacado, y en cuanto al nuevo plan de ataque, bueno como era, lo acepté de llano en plano. Convenimos en que el 22 concentraría mis fuerzas en las inmediaciones de Puertolisa, y el 23 en la tarde acamparía á poca distancia de Mapasingue, para por la noche pasar á la Pampa. En la misma noche debíamos hacer la colocación del Ejército y tenerlo listo para consumir el ataque al amanecer del 24 de Junio. Convenidos en este acuerdo, los Generales Sarasti y Salazar volviera á su real á disponer lo necesario.

Con el pretexto de visita llegó á Sabanagrande un Jefe amigo del Ejército aliado y de contrabando nos trajo un ejemplar de *El Nacional* de Quito, número *veintidos*, correspondiente al *nueve* de Junio de 1883. Ese número no habia aparecido en mi campamento sin duda por las maravillas que contiene. Desde mi primer folleto vengo utilizando algo de su contenido conforme se ha ido presentando la ocasión de mencionarlo. Ahora reproduzco parte del

BOLETIN NUMERO 27.

Quito, Mayo 31 de 1883.

Grande y muy natural es la inquietud de que se halla dominada la población en estos dias de solemne expectativa. Nada más razonable que la ansiedad del ánimo en momentos en que se aguarda una noticia capital. Se indaga con afán, se comenta, se interpreta, se inventa aun por los malintencionados, y de tanto cabilar y discurrir resulta, casi siempre, un absurdo é inconexo cúmulo de rumores que alarma á la gente sencilla é infunde brios á los insensatos enemigos del orden.

.....

.....

Prescindimos de tan insignificante chusma, y hablando con la sociedad civilizada que, con tanto interés pide noticia de nuestro campamento, le damos las contenidas en la siguiente carta, escrita á uno de los miembros del Gobierno, por el esclarecido señor General Salazar.

“ Mapasingue, á 25 de Mayo de 1883.—Mi querido amigo y señor : Dentro de cuatro ó seis dias se verificará el ataque á Guayaquil, seguramente con buen éxito.—El entusiasmo de nuestro valiente Ejército crece, a medida de la aproximación de la batalla.—Todo nos es favorable.—La Providencia nos ayuda visiblemente en cada uno de nuestros actos; pues hasta la fiebre amarilla parece que ha huido á nuestra presencia; siendo hoy satisfactorio el estado higiénico de nuestras fuerzas. ¡ Tanto nos favorece Dios !

Me parece indispensable que ustedes envíen las autorizaciones respectivas á los señores Sarasti, Caamaño y Lizarzaburu, para arreglar el estado político de esta provincia, despues de la toma de Guayaquil; y como ésta debe efectuarse en breves dias, seria bien que dichas autorizaciones vengan por la posta y sin pérdida de tiempo, facultando á dichos señores para referirse al Gobierno de Quito.—Estamos para movernos de un punto á otro, y no tenemos por el momento los útiles necesarios para escribir; por lo que se servirá dispensarme esta manera inculca de hacerlo, con lápiz y en mal papel.—Dígnese saludar á mi nombre á sus honorables colegas y á los señores ministros.—Suyo de corazón.—*Francisco J. Salazar.*”

EL GOBIERNO PROVISIONAL DEL ECUADOR,

CONSIDERANDO:

Que una vez ocupada por el Ejército restaurador la plaza militar de Guayaquil, es indispensable proceder sin pérdida de tiempo á la reorganización política de las provincias,

DECRETA:

Art. único. Se autoriza plenamente á los Excmos. señores Generales José María Sarasti, doctor José M. Plácido Caamaño y General Pedro I. Lizaraburu, para que, ocupada la ciudad de Guayaquil por las fuerzas restauradoras, arreglen el estado político del litoral, celebrando pactos y estipulaciones, ó dictando las correspondientes órdenes y providencias gubernativas, todo en representación del Gobierno provisional.

Dado en el Palacio de Gobierno, en Quito, Capital de la República, á 31 de Mayo de 1883.—*A. Guerrero.*—*Luis Cordero.*—*Rafael P. Pareja.*—*Pablo Herrera.*—El Ministro de lo Interior,—*J. Modesto Espinosa.*—El Ministro de Hacienda,—*V. Lucio Salazar.*—Por el Ministro de Guerra—El Subsecretario,—*Ramón Sambrano.*—Es copia—El Subsecretario, *A. P. Chávez.*

Hé ahí un pomposo úkase para ahogar el patriotismo á todo trance. ¿Qué palabras debo emplear para calificar ese decreto? La violación de mi convenio con el General Sarasti venia á ser cosa de poca monta, comparada con la inmoralidad que entraña su contexto. Y por su fecha, Mayo 31, calculo que en los primeros dias de Junio recibieron los Jefes Restauradores en Mapasingue, el decreto aludido, en tiempo oportuno para ofrecerle á Veintemilla *garantía para sus bienes* como lo hicieron, por desprendimiento sin duda.

Los acontecimientos se encargaron de desvanecer las intrigas por entónces.

De conformidad con el plan acordado en Palobamba, salimos de Sabanagrande el 22, y en Aguapiedra hicimos alto. En la noche, algunas partidas volantes, escalonadas convenientemente para que los dictatoriales no notaran mi movimiento, hicieron una ó dos descargas con el objeto de hacerse presentes al enemigo, y sin duda éste se figuró que intentábamos pasar, y rompió un fuego nutridísimo contra mi destacamento de Puertolisa y sus inmediaciones. Se le contestó pausadamente y con pocos tiros. Sobre este fogueo publicaron los dictatoriales un pomposo boletín.

En la tarde del dia siguiente principiaba á desfilarse mi Ejército en dirección á Mapasingue, cuando llegó el General Sarasti, que no habia

venido antes por indisposición en su salud. Al preguntarle si ya estaban listos para dar la batalla al día siguiente, me contestó que antes de tratar de esos detalles, había necesidad de que habláramos con el General Salazar. Como á media legua de Mapasingue dejé acampado mi Ejército, y seguí para mi antiguo campamento en compañía del caudillo aliado, previendo contrariedades. En efecto, puesto á la voz con el General Salazar, me manifestó que estaba haciendo construir una trinchera en el cerrito *Pelado*, que estaría concluida en dos ó tres días más, y que colocada allí su artillería estaba seguro de que conseguiría destruir las fortificaciones del Puente, y de que el efecto moral y material de ese hecho importaba para nosotros como media batalla ganada. Concluyó por manifestar que á su juicio convenia esperar el resultado que se prometia de la nueva trinchera. Contesté que esas razones me parecian muy buenas si no me hubiera aproximado con mi Ejército, y que como Veintemilla no había podido apercibirse de la concentración de nuestras fuerzas continuaria preocupado con mi paso por el Salado y que en ese día lo que menos esperaba era el ataque por la línea de Santa Ana; y fundado en esto opiné porque se cumpliera sin dilación el plan que se me había propuesto en Palobamba. El General Salazar insistió y explayó sus razonamientos, y para poner á salvo su responsabilidad, propuso someter el punto á un Consejo de Guerra compuesto de los Jefes principales de ambos ejércitos. Con la prórroga de un día estaba perdido el secreto de la combinación; pero sin embargo, ya por otro motivo acepté la proposición. En la ramada que sirvió de cuartel al batallón *Esmeraldas* se reunió el Consejo de Guerra un día después. En un luminoso discurso expuso el General Salazar su plan de prórroga, agregando que si el Consejo opinaba por el ataque, por su parte se sometia á esa resolución. Otros señores, Jefes de los Restauradores, hablaron en el mismo sentido. En mi concepto, tenían razón en ese momento, porque yo consideraba que Veintemilla estaria ya impuesto de la concentración de nuestras fuerzas; pero sin embargo opiné porque se consumara el ataque sin dilación. El Consejo resolvió esperar.

Mientras tanto, ciertos Restauradores hicieron propalar la noticia de que no habían entrado á Guayaquil por haber tenido la consideración de *estarme esperando*. Recálco en algunos puntos, saliéndome de mi propósito, de ser lo más lacónico posible, porque con la nube de polvo que han levantado los terroristas, procuran oscurecer hasta lo más claro, y embrollar hasta lo más sencillo.

Terminado el Consejo de Guerra, me habló el General Sarasti para que hiciera relevar con tropas mías, la guarnición que tenía en las alturas del Carmen. Accedí con la condición de que el Coronel Pallares tendría el mando de la artillería y de toda la fuerza que dejaran allí. En virtud de ese acuerdo, en la tarde del 24 de Junio marchó el Coronel Pallares á ocupar esas posiciones con la 4ª División.

Mucho se murmuró en mi Ejército el fiasco del nuevo ataque; juzgué de mi deber citar á los principales jefes que había en el campa-

mento provisional para una junta á las 4 de la mañana siguiente. Reunidos en Consejo de Guerra, les pedí su parecer en vista de todo cuanto venia ocurriendo. Opinaron por aguardar una quincena más en obsequio de la union. En consecuencia, en la misma mañana [25 de Junio] mis tropas volvieron á ocupar en Mapasingue sus primitivos cuarteles. Regresé como con 50 bajas, de éstas unos 80 desertores que abandonaron su puesto por temor á las enfermedades que cundian en el Ejército. A cada lugar donde llegaba, lo primero que tenia que hacer era preparar hospital, y para remate de contrariedades, los botiquines se habian agotado, y con dificultad se conseguia remedios. En Mapasingue asistía á mis enfermos el doctor José Carballo, que me acompañaba desde Panamá; el doctor Elias Falconí perteneció á ese grupo de jóvenes valerosos que condujo á La Tola el armamento con que se venció el 6 de Enero en Esmeraldas, y prestó sus buenos servicios profesionales en los sitios donde acampó la 2.ª División, de la cual era cirujano; al filántropo doctor Felicísimo López, cirujano de la 3.ª División, le vi siempre consagrado á la mejor asistencia de los enfermos, especialmente en Sabana-grande. El muy patriota doctor Wilfredo Venegas ejercía el cargo de Cirujano Mayor y con entusiasmo cumplió con las obligaciones anexas á sus delicadas funciones. La mortalidad por enfermedades fué relativamente reducida, pero me privó del servicio de innumerables brazos, entre estos, jefes de cuerpos como Zabando, J. L. Alfaro, Nicolas Infante y otros de menor graduación. El valerosísimo Comandante Miguel Gutiérrez que se habia distinguido en todos los combates de Esmeraldas, sucumbió víctima de una dolencia crónica. De los enfermos fué el único Jefe que murió en Mapasingue: el Ejército perdió un denodado combatiente, y yo un buen amigo y compañero fiel.

Por razón de higiene, dispuse que el batallón *Colombia* y la Columna *Olmedo* se acantonaran en Pascuales, lugar inmediato y de donde hay necesidad de proveerse de agua salubre en esa estación del año. La Columna *Jipijapa* continuaba de destacamento en Puertolisa.

En esa situación esperaba que mis aliados terminaran las trincheras que estaban haciendo construir con empeño en las alturas del Carmen.

A la sazón lo que menos podia imaginarme era que ocurriera algún trastorno grave en Manabí, donde la opinion estaba pronunciada decididamente en favor de la causa de la Regeneración: basta decir que gran número de manabitas habian empuñado las armas con entusiasmo, y se encontraban en campaña conmigo. De improviso me sorprendió un posta de Jipijapa dándome parte de que el cuartel de Montecristi habia caído en poder de los enemigos. En el acto dispuse que espedicionaran la caballería y la columna *Olmedo* bajo la dirección del Coronel F. H. Moncayo, á quien nombré Jefe de operaciones en Manabí. Los acontecimientos se sucedieron con rapidez y pronto tuve la noticia de que los patriotas de Manabí, con un valor digno de la causa que defendian, habian batido á su aleve enemigo. Dispuse entonces que regresara la columna *Olmedo*, y que el Coronel Moncayo continua-

ra su marcha con la caballería, hasta tanto pudiera yo juzgar de la magnitud de los sucesos

He aquí lo que había pasado.

En la noche del 27 de Junio, la guardia del cuartel de Montecristi fué entregada por unos felones á una partida de jente que no exhibió bandera: sorprendida la guardia, en seguida lo fué lo demás del cuartel, y se adueñaron del parque. Luego apresaron al Jefe Civil y Militar de la Provincia, al Coronel Herreria, á las demas autoridades que pudieran sorprender y á algunos vecinos notables. Una parte de esa cuadrilla se desprendió de allí para dirigirse á Portoviejo, adonde llegaron á las 11 de la mañana, y sorprendieron el cuartel donde habia unos pocos reclutas: no encontraron mas resistencia que la del valeroso oficial José Santos, quien con su espada defendió su puesto de guardia hasta caer mortalmente herido para morir pocos dias despues. Al ruido que produjo ese hecho, pudo apercibirse del peligro el Jefe Civil y Militar del Canton, Coronel José A. M. Garcia, y salió de su casa armado con un rifle: en la plaza se encontró con los enemigos y sostuvo una lucha heroica con ellos, sin más auxilio que el que le prestó el jendarme Beltrou, que se le agregó y le dió su rifle á Garcia cuando vió inutilizado el que usaba: Garcia consiguió dispersar á balazos á los agresores, y mató al principal de los cabecillas. A esa hazaña debió Portoviejo su salvación, y Garcia el haber podido escapar: los asaltantes quedaron dueños de la plaza, y en el acto procedieron á reducir á prision á los vecinos más honorables de la Capital con muy pocas excepciones. Después del triunfo, los felones exhibieron la cara. En Manta los facciosos capturaron á los señores Pedro G. Córdova, José Nicanor Vásquez y José Manuel Reyes. La Provincia sorprendida vió esos acontecimientos como quien durante el sueño sufre horrible pesadilla: despertó y se puso en acción. De todas partes los ciudadanos, aun los indiferentes, procuraron reunirse y formar columnas con el propósito de salvar la provincia de las garras del enemigo común. Jipijapa organizó como por encanto una columna, y resolvieron abrir operaciones sobre los facciosos que estaban en Portoviejo, y los contuvo el aviso de que nuestros amigos presos serian asesinados al sonar el primer tiro y que con ese propósito los tenían ya amarrados en postes dentro del cuartel. Ese aviso, y la consideración de estar muy mal armados detuvo por el momento, la acción de los patriotas de Jipijapa. Los jóvenes de Manta se apoderaron de 25 rifles i parque que habia en la Aduana, y el dia 28 se apoderaron de 10 rifles mas que le quitaron á una parüda de enemigos que volvió al puerto y que dispersaron á balazos. Los patriotas de Manta resolvieron en el acto atacar á los facciosos en el cuartel de Montecristi, y con tal resolución se pusieron en marcha. En la noche tomaron posiciones: un grupo mandado por el Capitán Salazar, otro por el Capitán Juan Manuel Moreno, y otros sin dirección: cada combatiente hacia de Jefe y soldado. El eremigo era muy superior en número y contaba con los abundantes elementos de guerra que habia encontrado en el cuartel. A las dos de la madrugada nues-

tras huestes iniciaron el ataque, y en dos horas de fuegos agotaron sus municiones, cuando ya tenian a los facciosos reducidos á la defensa del Cuartel. En tan crítico lance ocurrieron por parque á Manta. El combate volvió á renovarse á las 5.30 de la mañana, hora en que los jóvenes Antonio Segóvia y Pedro M. Balda, sostenian solos los fuegos porque los demas compañeros casi no tenian cápsulas. Una guerrilla enemiga hizo salidas sin traspasar el recinto de la plaza. Intertanto los patriotas recibian el refuerzo del pueblo que se iba presentando armado con escopetas, machetes y palos. Despues de las siete de la mañana, llegó el parque pedido á Manta, y convenientemente municionados, emprendieron de nuevo el ataque: el enemigo principió a desbandarse: habia sufrido ya muchas bajas: el cabecilla de esa horda habia fugado, y su segundo yacía en tierra: siguieron resistiéndose, y como á las 8 a. m. el cuartel caía en poder de los denodados soldados de la Regeneración. El cuadro que se presentó á la vista de los vencedores, fué horroroso: encontráronse con los cadáveres de nuestros amigos José Nicanor Vásquez, José Manuel Reyes, Juan Daste y Luis Guerrero; y herido mortalmente el Coronel Herreria, que falleció pocos dias despues. Los cabecillas de esos foragidos habian puesto un centinela á cada una de las víctimas á quienes tenian atormentados é imposibilitados con una barra de grillos, y en ese estado, al romperse los fuegos, mandaron asesinarlos á todos: cada centinela disparó su rifle á quemarropa sobre su víctima: salvaron milagrosamente los señores M. Gustavo Rodriguez, Jefe Civil y Militar de Manabí; Pedro G. Córdova; Nicolas Chávez; José Cesáreo Reyes, y Pablo Delgado, por que los verdugos se retiraron dejándolos por muertos.

Algunos de los prófugos llevaron á sus cómplices en Portoviejo la noticia de sus crímenes y derrota en Montecristi. En el acto dispusieron ultimar á las víctimas que tenian en su poder: ese asesinato en masa y á sangre fría no se consumó, por la promesa de las víctimas de salvar la vida á sus verdugos, y con ese ofrecimiento se desbandaron, despues de robar los archivos, que guardaban las causas contra algunos de ellos.

En el combate del 29 de Junio rindieron la vida luchando heroicamente, los jóvenes J. Francisco Balda, Jacinto Villavicencio y José Nevarez, pertenecientes á familias principales del Canton.

Cuando tuve noticia de los infames asesinatos perpetrados en Montecristi, ordené el castigo ejemplar de los asesinos; y para evitar á los desbandados la ocasión de cometer otros nuevos crímenes, dispuse que el Coronel Moncayo continuara adelante con la caballería. La justa indignación pública anticipó el cumplimiento de mi orden. Los párrafos que copio del Informe del Jefe Civil y Militar de Manabí, dan cuenta del resultado. Dice así:

“Restablecido el orden, despues de un combate de 6 horas, ordené al Comandante de Armas señor Coronel Marcos Dueñas, el inmediato juzgamiento de los criminales tomados en el combate, por estar yo im-

pedido, por tener que declarar como testigo en el proceso. Un consejo de guerra verbal sentenció á muerte á los principales delincuentes de los que, sorteados, fueron ejecutados cuatro; recayendo sobre cinco de los restantes, penitenciaría extraordinaria; mas éstos, acogiéndose al decreto supremo de fecha 14 del presente, sobre amnistía, han sido mandados poner en libertad.

Me es honroso hacer constar la indignación general que produjo en la provincia, la nefanda reacción que dejó relacionada.

A la primera noticia, los pueblos se prepararon para combatirlo y en distintas masas se pusieron en marcha sobre Montecristi, dirigidos por los ciudadanos más notables que habian quedado en el país; pero el arrojo de los ciudadanos que desalojaron del cuartel de Montecristi, á los perversos reaccionarios, hizo innecesario el patriótico concurso de los demás habitantes de la provincia."

Al Informe del Jefe Civil y Militar, tengo que agregar otros pormenores que son de interés.

Entre los que pagaron con la vida sus crímenes, estaba el *famoso Comandante* Francisco Sánchez, el mismo sujeto que jugó un papel tan tenebroso en el tiranicidio de García Moreno. Estaba al servicio de Veintemilla cuando fué sorprendido y tomado prisionero en La Tola por el jóven L. Vargas T., al desembarcar allí, de tránsito y en marcha para ir á batir la guarnición dictatorial que entónces existía en Esmeraldas.

La reacción criminal de que vengo hablando, recibió el gérmen de su fuerza de los criminales que habian fugado de las cárceles con ocasión de los disturbios de Marzo. En cumplimiento de mi deber, dispuse que fueran capturados los individuos que habian ordenado y llevado á cabo en Chone, la flagelación de cuatro colombianos. Esos mismos individuos esquivaron la prisión valiéndose del recurso de la fuga, y formaron en Manabí el núcleo de la reacción que costó tantas preciosas vidas.

Guiado por la clemencia habitual de mi carácter respecto de los vencidos en buena lid, habia decretado la amnistía por delitos políticos. En cuanto á los reos de delito común, como los flageladores de Chone, no podian ampararse á la sombra de la amnistía, áun cuando hubieran estado al servicio del Dictador Veintemilla, y pertenecieran á las fuerzas de él que se habian desbandado en Manabí. La demora en el ataque contra Guayaquil, y otros falsos estímulos manejados por el poder agonizante, fueron parte á determinar los acontecimientos de Montecristi y Portoviejo.

La conducta de los patriotas de Manabí es digna de elogios. Ante la acción de los pocos jóvenes que en Ambato tomaron el cuartel el 13 de Junio, me inclino reverente; así como admiro el arrojo de los que combatiendo el 8 de Enero en Quito, facilitaron la jornada del 10. La hazaña del 29 de Junio en Montecristi, es también una página brillante en los anales de la causa de la Regeneración. Abunda en acciones heroicas la guerra pasada; y á ese esfuerzo espontáneo del pueblo se debió, en primera línea el triunfo, y no a combinaciones que tácitamente se

atribuyen los que ponen en juego la intriga con el objeto de desvirtuar los hechos para apropiárselo todo. Esto, en cuanto a lo material, porque la parte moral fué obra de la imprenta. Hubo una constelacion de escritores en cuyo centro brilló Juan Montalvo como el sol en nuestro sistema planetario, constelacion que produjo mártires esclarecidos como Valverde. La propaganda que hicieron los escritores invictos, preparó el camino de las armas. En el curso de los acontecimientos, la zizaña se injertó por el momento en el campo preparado para la Regeneracion. Ante semejante espectáculo, el patriotismo exige posponer rencores y animadversion personal y de localidad, para conseguir la union entre los hombres de buena voluntad: union que hace respetados y respetables los fueros de la República.

En el próximo folleto continuaré mi narración histórica. Me complaceré entonces en hacer cumplida justicia á los valerosos combatientes de la jornada del NUEVE DE JULIO.

ELOY ALFARO.

Panamá, Agosto 10 de 1884.

ERRATA SUSTANCIAL.

EN EL FOLLETO "PRIMERO," página 36, línea sexta, dice: *pasamos en canoa*: léase: pasamos sobre una canoa que nos sirvió de puente.

FOLLETO "SEGUNDO," página quinta, línea 9.^a dice: *cuerpos*; léase *puestos*